



# CRÍTICA Y AUTOCRÍTICA DE LA PRENSA Y DE LOS PERIODISTAS

JUAN CRUZ RUIZ

Desde hace unos meses le debo a la revista del Ateneo de La Laguna este texto, que no es exactamente —ni de ningún otro modo— el resultado de lo que dije en la conferencia que su directiva tuvo la gentileza de pedirme que diera en aquella sala que lleva el honroso nombre de Alberto de Armas; allí hablé de las falacias con las que la política y la prensa (cierta política, cierta prensa) se alió para hacer parecer la invasión de Irak una cosa distinta a la que era. Y aquí me propongo llamar la atención sobre las amenazas que vive el oficio que fue, desde que yo era un niño, la vocación de mi vida, y la vocación de muchísima gente que ama el periodismo como si fuera su alma.

Así que este es un texto nuevo, que escribo convencido de que de vez en cuando los que somos de esta profesión, es decir, los periodistas, debemos pararnos a reflexionar sobre su oficio como si éste fuera un trabajo ajeno, hecho por otros; esta es una reflexión en parte autobiográfica; y es una llamada de atención hecha desde el desgarramiento por lo que vemos hoy, en muchos medios, como una degradación pertinaz de los materiales esenciales del oficio.

Los periodistas somos muy poco autocríticos; somos parte de un gremio, y como prácticamente todos los gremios, desde el eclesiástico al musical o al médico, somos endogámicos y autosatisfechos, y atribuimos nuestros errores a la mala fortuna y nuestros aciertos a nuestra indudable valía. Los que somos periodistas porque no quisimos ser otra cosa contemplamos lo que pasa hoy con una gran melancolía.

Comencé en esta profesión cuando era un chiquillo; en mi casa no había libros, y tampoco había periódicos; muy pronto llegó una radio que mi madre rechazó, porque ella creía que la radio la manejaba, directamente, el diablo; pero la contumacia de mi padre consiguió que finalmente la radio se instalara en casa; en la sala, que tenía, eso creíamos nosotros, suelo de mármol, y un espejo inmenso en el que nos veíamos deformados.

Para que yo fuera periodista ese aparato fue fundamental. Durante un tiempo, de la radio me entretenían hasta sus ruidos; las conversaciones de los radioaficionados, las confusas voces de La Pirenaica, los programas locales y los programas nacionales...; la propagación de las ondas y de las emisoras era muy caprichosa: en mi casa escuchábamos muy bien, a algunas horas de la tarde, las emisoras de Barcelona, y por eso me hice del Barça, porque en esas emisoras hablaban de unas revistas, *Dicen y Lean*, que se hacían en la Ciudad Condal y que tenían al club azulgrana como su asunto principal. De tal manera tiñó la radio mi pasión futbolística de los colores del Barça que los primeros textos que yo escribí en el colegio los firmé con el nombre de Juan Azul Grana.

En algún momento, creo que en 1956, entró en mi casa un periódico; mejor dicho, el recorte de un periódico. Era una página doble del diario *El Día*, donde yo trabajaría años más tarde; en ese recorte aprendimos a leer mi madre y yo; ella perfeccionó lo poco que sabía, y yo me hice lector de mis primeras letras seguidas. En realidad, gracias a ese recorte complementé las pocas clases a las que asistía en la escuela; llegué a saberme de memoria cada uno de los párrafos de aquella historia periodística, una crónica de un grave suceso acaecido en La Palma: una devastadora barranquera había causado la muerte de un hombre y enormes destrozos. La doble página que alguien le había dado a mi madre contaba el suceso e incluía la foto

del cadáver del hombre flotando en las aguas turbias del barranco.

Aunque la leíamos cada día como si fuera una lección, siempre me impresionó aquella noticia, que ahora sigue en mi memoria prácticamente como si aún la estuviera leyendo. Han pasado 52 años del suceso, y sigo convencido de que esa lectura y la existencia de la radio me convirtieron en la persona que luego fui, un apasionado de la lectura, de la radio y del periodismo.

La combinación de aquella lectura y de la radio es la que me dio la sintaxis; tardé muy poco en ponerme a escribir, porque la radio me dio el ritmo y las palabras; me lancé en seguida, cuando tenía once años, a redactar; a veces escribía de fútbol, a veces escribía de boxeo, a veces escribía poemas...; la escritura se convirtió en una obsesión, y el periodismo fue una necesidad.

Muy pronto le pedí a mi padre que me trajera revistas a casa, y de modo misterioso él trajo una de las revistas serias de aquel tiempo, *Destino*, la de Néstor Luján y Miguel Delibes y Josep Pla, y yo me aprendí, literalmente, aquel número que trajo mi padre envuelto en papel de estraza. Luego me hice suscriptor del diario *Pueblo*; y yo creo que era la única persona de mi barrio y de mi pueblo, el Puerto de la Cruz, que recibía por correo el principal periódico de aquellos tiempos, dirigido por Emilio Romero, un periodista cínico que hacía un diario eficaz y sensacionalista; fue maestro de los de su tiempo, y es maestro, sin que

él ya pueda saberlo, de algunos cínicos periodistas de ahora mismo.

En mi casa se almacenaban esos ejemplares, que venían envueltos en su faja, con mi nombre y apellidos, una circunstancia que a mi me parecía que ya me ligaba, irremediablemente, al periodismo, al menos como suscriptor y como lector. Seguía escuchando la radio, me sabía las frecuencias, y recorría el dial como quien se va de excursión hacia territorios conocidos. Empecé a leer libros, me aficioné a las bibliotecas, y un día, muy pronto, dije que quería ser periodista.

Mi padre conocía a un periodista, don Luis Castañeda, un republicano represaliado, que había sido alcalde de Garachico y que presidía, con su voz tronante, algunas de las tertulias de la plaza. Yo le conocí luego, fue muy generoso conmigo, colaboró en algunas de mis primeras aventuras como promotor de revistas locales; pero entonces, cuando mi padre lo invocó en casa, yo no sabía quién era don Luis Castañeda.

Lo cierto es que dije en casa que quería ser periodista, y Dios la que se armó. Algunos meses antes dije que me iba a *meter* de cura, como venganza porque mi madre no quiso que fuera a unos ejercicios espirituales, y entonces mi madre reaccionó como si le hubiera anunciado un suicidio. Mi padre fue más suave, pero igual de tajante:

—No te hagas periodista, que los periodistas siempre andan con los pantalones rotos por el culo.

Le pregunté por qué decía eso, cómo sabía que los periodistas andaban con

los pantalones rotos por el culo. Entonces fue cuando invocó los pantalones de don Luis, que en efecto estaban zurcidos, eso lo comprobé más tarde.

En sus magníficas memorias, *El pez en el agua*, Mario Vargas Llosa cuenta que afirmó su idea de ser poeta o novelista cuando su padre, al que conoció cuando ya tenía diez años, le dijo que esa profesión de escritor o de poeta era cosa de maricones.

Pues, modestamente, a mi me pasó lo mismo. Desde ese día yo quise ser como don Luis Castañeda, con la ropa zurcida también.

Mi primera satisfacción periodística se produjo en septiembre de 1961, cuando yo tenía trece años y el semanario *Aire Libre*, que dirigía don Julio Fernández, tuvo a bien publicarme la primera crónica de fútbol de mi vida. Ahora sigo escribiendo de fútbol —y sigo siendo del Barça—, y yo creo que esa permanencia se debe a la gratitud que le debo a aquel instante y a *Aire Libre*.

El texto salió con una entradilla que escribió don Julio, extrañado de que un chico dominara a tan corta edad la sintaxis periodística; se juntó todo mi barrio a leer ese texto y yo me sentí como transportado a otro mundo.

Seguí escribiendo, prácticamente hasta ahora mismo; sigo leyendo periódicos con avidez, sigo escribiendo de fútbol y de lo que sea menester, y ya soy muchísimo más viejo pero sigo teniendo, o al menos eso creo yo, la misma pasión periodística que alimentó mis primeros años.

Pero el periodismo no es el mismo; en el franquismo, que fue donde desarrollé mis primeros años, el periodismo era vicario; debías acostumbrarte a la censura para hacerla tuya, y eso dio de sí la autocensura; los periodistas, con las excepciones de rigor, eran unos seres capaces de vender su dignidad por un plato de lentejas; en el caso de Canarias, las autoridades civiles y militares y religiosas ejercían un dominio omnímodo sobre todos nosotros, y doblegaban con una sola mirada a los propietarios y a los directores y a las redacciones. El caciquismo, imperante hasta muy recientemente, hacía el resto. El franquismo tuvo en Canarias un terreno abonado, abonadísimo.

El clima del fascismo, por otra parte, fue atenuado por la prensa, o mediante la prensa; el férreo control que se ejercía sobre los medios era un instrumento para trasladar a la sociedad una tranquilidad que era sinónimo de sumisión y de miseria; la radio, la televisión única y los periódicos eran correa de transmisión de la paz de Franco.

Claro que había otra vida, que no salía en la prensa, así como personajes que tampoco *podían* salir en la prensa, que estaban en colegios, en tertulias, en la universidad, que al menos a los que tuvimos el privilegio de estudiar o de ilustrarnos nos daban una perspectiva distinta de la vida, que a veces también se lograba introducir, subrepticamente, en la prensa tinerfeña... Recuerdo momentos memorables en *La Tarde* de Alfonso García-Ramos y en *El Día* de Ernesto Salcedo, pero también recuerdo anécdotas gravísimas de sumisión y de vergüenza propia y ajena.

Hacerse periodista bajo una dictadura genera una experiencia muy extraña; por una parte, te acostumbra a la indignidad y, por otro lado, te predispone a defender la dignidad, a salvaguardarla como un don dañado. Para nosotros, los periodistas, eran autoridades prácticamente todas las autoridades, todas mandaban sobre nosotros, de todas podíamos recibir órdenes; podíamos arremeter contra la recogida de basuras o contra el mal funcionamiento de los taxis, o contra el estado de las playas, o contra los atascos; pero casi todo estaba vedado. Recuerdo que la censura nos tachó una vez la palabra militar asociada a la manta (militar) con la que se abrigaba la gente en un pueblo del sur de Tenerife. Y recuerdo que a un cartero lo separaron del servicio porque su cartera apareció, sin otra identificación, en un reportaje que yo había hecho...

Era un mundo infernal y domesticado.

Pero acabó, ese periodismo se fue diluyendo aun antes de que muriera Franco; algunos cronistas políticos empezaron a utilizar un lenguaje secreto (digámoslo así) para aludir a lo que ocurría en los años más difíciles

para el régimen, y ciertas publicaciones o agencias (*Madrid, Triunfo, Cambio16, Informaciones, Diario de Mallorca, El Día* incluso, Europa Press) introdujeron un lenguaje nuevo para definir o seguir una crisis que ya no se podía ocultar con la eficacia que antes habían arbitrado los sucesivos gendarmes informativos del Gobierno de Franco: Arias Salgado, Fraga, Sánchez Bella...

Hasta que se murió el dictador, surgieron nuevos tiempos y nuevos periódicos, entre ellos *El País*, que es donde yo fui a parar atraído por aquella encendida pasión periodística que me sigue desde que tengo, más o menos, uso de razón.

Y los tiempos que han seguido han sido a veces felices y a veces inquietantes; ahora estamos en un periodo inquietante, que es al que hay que aplicar una autocrítica muy seria, porque por primera vez en la historia reciente los periodistas actúan como cómplices de la progresiva destrucción del espíritu esencial del periodismo.

La profesión (el oficio le gusta decir a mi maestro Jesús de la Serna) se ha visto sometida a todo tipo de ataques interiores y exteriores, de los que nosotros somos principales responsables; los periodistas seguimos creyendo (digámoslo en plural) que nuestra tarea es la de conducir los gobiernos, derribarlos o amedrentarlos; pensamos, y hacemos explícito ese pensamiento, que siempre tenemos razón; no permitimos que un dato nos cambie un comentario o una crónica, y nos sentamos a ver cómo pasa el cadáver de nuestro enemigo. Son defectos de toda la vida, están ligados de siempre a lo peor del periodismo, pero ahora se manifiestan impunemente, se han relajado los esfínteres y muchas veces lo que leemos o lo que toleramos es pura porquería, insulto y venganza.

El periodista ha subido los grados de su engreimiento; y ahora tiene armas que antes nunca tuvo y que están siendo utilizadas arteramente en contra de la propia dignidad de la profesión: los confidentiales, los rumores, los anónimos...; elementos que en puridad están prohibidos en los libros de Estilo y en la esencia de la profesión están siendo materia habitual no sólo de los periódicos (llamémoslo así) de Internet sino de los periódicos de papel, que en principio debían regirse por una lógica distinta.

Esa proliferación de amenazas están añadiéndose a una vieja añagaza del periodismo más vil, la artillería del chantaje y del insulto, que en primer lugar desprestigia no sólo a quien la utiliza sino al oficio mismo, que ahora se halla en niveles de preocupante desprestigio.

La conjunción de todos estos elementos ofrece un panorama desolador. De eso quería hablar aquel día en el Ateneo; pero cuando me senté ante aquel amable auditorio me dije: “¿Y ahora voy yo a lanzarles esta autocrítica endogámica?” Y me puse a hablar de un momento gravísimo de complicidad entre la política y los medios, que dio de sí, en España y en el mundo, uno de los episodios más vergonzosos de la historia del siglo que vamos viviendo: las complicidades que hubo para limpiarle la cara (desde la política y desde el periodismo) a la guerra de Irak.

Volver sobre esa historia es volver sobre la caja negra de los defectos de la política y de los defectos del periodismo.